

cipales agentes que influyen en la vegetación, tales como el agua, el calor y el suelo, este último es el que adquiere especial importancia en los climas de transición. Esta observación se aplica perfectamente á la Francia del Norte: el que atraviesa esta región en el sentido de las latitudes, desde Metz á Reims, por ejemplo, ó desde Nancy á París, ve en seguida cómo en el Porcien, en el Argonne, en el Perthois y en el Vallage, otra naturaleza sucede á la de las mesetas y de las colinas calcáreas. La viña se eclipsa momentáneamente y la abundancia de los árboles, ora agrupados en bosques, ora diseminados en los setos, en los cercados y en los campos; la asociación de la hiniesta con el abedul y el brezo en las partes incultas, en los estanques y en los almarjales cuya proximidad denuncian varios senderos siempre viscosos, todo parecería indicar la existencia de otro clima. Y, sin embargo, no es así; aquel cambio resulta únicamente de la aparición de una faja de arcillas estrecha, pero larga, que se extiende desde los bordes del Oise á los del Loira, desde la Thierache á la Puisaye, y en la cual se reconoce todavía fácilmente una de las mayores líneas forestales de la Francia de otro tiempo.

Sabido es que en la Francia del Norte las diferentes capas de terreno presentan una disposición concéntrica alrededor de la Isla de Francia, así es que, viniendo del Este hacia París, la naturaleza del suelo cambia casi á cada paso. Esta disposición favorece esas evocaciones alternantes de Norte y Sur: el observador pierde y vuelve á encontrar sucesivamente los caracteres que está acostumbrado á asociar á estas dos palabras, y tales alternativas no cesan sino á medida que se va dejando sentir con más fuerza la proximidad de la Mancha y del mar del Norte. Entonces, el estado más frecuentemente nebuloso del cielo, el aumento de los días de lluvia, y una notable disminución de las temperaturas estivales, junto con la llegada más precoz de las lluvias de otoño, ejercen á su vez una acción sensible sobre la fisonomía de la naturaleza: la vid, prematuramente sorprendida por la humedad de septiembre, nos abandona definitivamente al Oeste de París, siendo reemplazada por el manzano; el haya, que en el Este se ostentaba sobre todo en las colinas y en las montañas, se acerca á las llanuras y, algo ruín todavía en Fontainebleau y más vigoroso en Saint-Gobain, acaba por ser el árbol dominante en las vertientes de los valles normandos, en donde prospera, como al borde de los golfos ó *foehrdén* daneses, en medio de la nubosa atmósfera en que Ruysdael se complace en hacer resaltar la blancura de su tronco. Pero la Picardía y una parte de la Normandía están constituidas por mesetas limosas asentadas sobre un subsuelo permeable que deseca enérgicamente la superficie de las mismas, de suerte que el suelo, con su sequedad, atenúa en cierto modo los efectos del clima. Los pastos y las praderas predominan en las arcillas del país de Auge, pero constituyen la excepción en aquellas mesetas, que son verdadera tierra de promisión para el trigo, el cual, gracias á la profundidad de sus raíces, no necesita ser constantemente humedecido.

La Isla de Francia es la comarca medianera entre los dos aspectos de la Francia del Norte, como lo es asimismo en casi todo. La naturaleza, debilitada en las llanuras de suaves contornos del Berry y de la Cham-

paña, despiértase en la Isla de Francia: las arenas silíceas de Fontainebleau, orladas de aguas vivas, dan abrigo á una flora cálida y á una fauna en la cual se deslizan como en un oasis algunos elementos completamente meridionales, y los repliegues de los valles, profundamente recortados, ocultan cultivos de higueras. Por estas cualidades, la isla de Francia recuerda el Mediodía; pero tiene también sus bosques húmedos y sobre todo sus grandes plataformas agrícolas que se extienden desde París hacia la Picardía y el Vexin.

El mar que desde los Países Bajos hasta el Finisterre cubre á menudo de bruma nuestro litoral y el que resplandece desde la Bretaña meridional hasta los Pirineos son dos mares distintos. El mar que azota nuestras costas del golfo de Gascuña y que con todo el peso de la marejada acumulada en mil leguas sin playa descantilla las duras gredas de la Saintonge ó devora las rocas de San Juan de Luz, es todavía en sus días de furia un Océano terrible; pero ya no se parece al Océano céltico ó escandinavo. A medida que nos aproximamos al Sur, nos apartamos de las vías ordinarias que nos traen, sobre todo en invierno, las borrascas de mar adentro; y en verano la marcha del sol lleva hacia el Norte la zona de altas presiones de las Azores y difunde la calma en la atmósfera del Océano de Aquitania. El velo de nebulosidad que con tanta frecuencia se cierne entre las costas de Terranova y de Irlanda se aclara notablemente al Sur de la Bretaña. En la zona que Francia presenta en la Mancha reina un clima diferente del que predomina en la zona que presenta en el golfo de Aquitania.

Nuestro Finisterre bretón, comparado con los otros promontorios de la Europa occidental, azotados de lleno por las borrascas oceánicas, se hace notar ya por una atenuación de los fenómenos, no pudiendo igualarse con Noruega, ni con el Oeste de Irlanda ni con la Cornuailles inglesa por la rapidez de las oscilaciones barométricas, ni por la frecuencia de los fenómenos eléctricos, ni por la cantidad de lluvia. Esto no obstante, las partes no abrigadas del mismo experimentan los efectos corrosivos de los vientos de alta mar que atormentan ó matan los árboles y obligan á los cultivos á refugiarse al abrigo de esas murallas de piedra que de modo tan extraño recortan aquel país. Pero lo que principalmente impide que la vid y la mayoría de los frutos lleguen á madurar es la insuficiencia de calor que, indicada ya en el mes de abril, se acentúa cada vez más durante el período en que las plantas han de apresurarse á acumular el calor necesario. Los cultivos de huerta, los fresales, las variadas legumbres y frutas tempranas, todo aquello que exige del clima más precocidad que calor, son los dones que, en cambio, ha recibido nuestro extremo promontorio oceánico.

Desde el Vilaine al Gironda, las modificaciones se escalonan rápidamente. La costa meridional de Bretaña es ya más luminosa y sobre las floridas cumbres que orlan el Morbihán luce á menudo un sol radiante, en un cielo húmedo, esplendente entre dos aguaceros y cuyo brillo máximo se manifiesta ya por un anticipo en la época de las recolecciones. En la Bretaña occidental esta fecha se retarda, como en Normandía, hasta agosto; en la meridional es más precoz. Si avanzamos hasta el Sur de la Vendée veremos que allí, como en Bearne,

la recolección está hecha ya desde la primera mitad de julio.

Estos efluvios del clima oceánico penetran profundamente por los valles: la salida primaveral de las hojas se realiza entre Tours y Saumur cinco días antes que en Orleáns, y los valles angevinos y turenenses, con su cielo dulcísimo, abrigan, además de la vid, una gran variedad de esos delicados cultivos que reclaman del hombre atención y casi amor y que civilizan al que á ellos se entrega.

Los veranos en las inmediaciones de ese mar de Aquitania son cálidos y soleados y las observaciones ponen hoy fuera de toda duda una disminución sensible de lluvia en la parte de la costa que forma ángulo entre el Loira y el Gironda. Después de una ligera recrudescencia de lluvia en mayo, el litoral de la Saintonge y aun el del Poitou se presentan durante los meses decisivos de junio, julio y agosto, más secos que el país interior; las tempestades del Sudoeste parecen desviarse, y mientras respetan estos litorales, van á asolar las altas mesetas lemosinas, y desde aquel punto á las plantas de follaje verde que la tibieza del clima bretón favorecía, se agregan las que exigen más luz y más calor. La carrasca, después de algunas tímidas apariciones en las partes abrigadas de las Cotes-du-Nord, muéstrase en la isla de Noirmoutier y festonea las colinas calizas de Saintonge, dominando también allí la encina negra que aun escasea mucho en Bretaña. Pero la fisonomía vegetal, que por un lado se enriquece con multitud de especies nuevas, pierde por otro algunos elementos; así el haya deja de tapizar las colinas y el hojaranzo, que en el Nordeste especialmente compone la mayor parte de los sotos, falta desde la Rochela á Bayona.

De modo que al dar vuelta á la Bretaña preséntase una especie de Mediodía anticipado que se prolonga al través de la Saintonge. El simple aspecto de las casas con tejados apenas inclinados es ya un indicio de la sequedad del clima; la explotación muy antigua de los saladares es un signo de la fuerza que allí adquieren los rayos del sol. Las salinas del Croisic son casi las más septentrionales que tolera el clima oceánico. Para los pueblos marítimos del Norte estos países de la sal, de la viña y de los productos delicados eran la primera aparición de una naturaleza meridional, y de buena gana habrían querido hacer de ellos los ingleses un Portugal.

Pero aquel Mediodía no es el que se manifiesta en todo su esplendor en el valle del Ródano. La frescura de las praderas en los valles y la frecuencia de las espesas hiniestas que crecen en las arenas coronadas de sus flores amarillas, indican una composición diferente de los elementos del clima: lo que á la naturaleza del Sudoeste de Francia comunican de áspero y aun de algo brusco el rigor accidental de los fríos, la violencia de los vientos, la intensidad de las sequías y el régimen de las corrientes de agua, se atenúa en este Sudoeste en una tonalidad más igual, en la que no deja, sin embargo, de haber recrudescencias y brusquedades. Al abrigo de las dunas de Soulac, al Sur del Gironda, y en la caldeada atmósfera de las arenas, las aguas infiltradas comunican á la vegetación un vigor y una magnificencia soberbios: la vegetación silícea de las Lanas, que había aparecido con intermitencias en las es-

parcidas arenas del Perigord, toma posesión del suelo; la copa de los pinos marítimos se proyecta por encima de las espesuras de juncos y brezos, y la encina occidental reemplaza á la carrasca. Finalmente, cuando aparecen los picos pirenaicos, en el ángulo en donde se precipitan los vapores de los vientos del Oeste, reanúndanse con intensidad las lluvias, las cuales, si bien interrumpidas por el sol, excluyen la vid que es reemplazada por el manzano en los verdes ribazos y espesuras del país vasco. Las tempestades estallan en algunos minutos y corren de pico en pico por la costa con rapidez extraordinaria, mas no tarda un sol radiante en disiparlas en todas direcciones. Aquel cielo voluble y alegre, más suave en las Charentas, más ardiente en Gascuña y más caprichoso en el país vasco, tiene toda la brillantez del Mediodía sin el obscuro esplendor del Mediterráneo.

Lo que ante todo llama la atención en el conjunto de esta fisonomía es la amplitud de las diferencias. En una superficie que no es sino la décimo octava parte de Europa, encontramos regiones tales como Flandes ó Normandía, por un lado, y por otro Bearne, Rosellón ó Provenza, que tienen afinidades unas con la Baja Alemania é Inglaterra y otras con Asturias y Grecia. Ningún otro país de igual extensión comprende tantas diversidades. ¿Cómo se comprende, pues, que estos contrastes no hayan sido focos de acción centrífuga? No han faltado en nuestras costas inmigrantes sajones, escandinavos, etc.; sin embargo, no se ve que estos grupos hayan conseguido nunca, si es que alguna vez lo intentaron, constituirse en poblaciones aparte, de espaldas al interior, como sucedió con ciertas tribus marítimas, frisonas ó bátavas, de la Baja Alemania.

Débase esto á que entre esos polos opuestos la naturaleza de Francia despliega una riqueza de gamas que en ninguna otra parte se encuentra. Si el Norte y el Sur forman eminencias de marcado relieve, en cambio hay entre ellos una serie de matices intermedios, y por una interferencia continua de causas climatológicas, geológicas y topográficas, el Mediodía y el Norte se entrecruzan, desaparecen y vuelven á aparecer. La situación de Francia con relación á las influencias continentales y oceánicas, que en ella se encuentran en un equilibrio inestable, es tal, que plantas y cultivos tienen el camino abierto por diferentes lados para propagarse y para aprovecharse de todas las ocasiones que las variedades de relieve y de suelo multiplican. La mezcla de Norte y Sur aparece más marcada en ciertas comarcas de transición como la Borgoña y la Turena que representan, según la frase de Michelet perfectamente aplicable, «el elemento flexible de Francia;» pero bien puede afirmarse que esta mezcla es la Francia misma, pues la impresión general que ésta produce es la de un término medio en el cual las tintas al parecer más opuestas se funden en una serie de matices graduados.

De ello resulta la gran variedad de productos á que el suelo francés se presta, variedad que es una garantía para el habitante, ya que el éxito de un cultivo puede en un mismo año compensar el fracaso de otro. Hace poco, un cónsul inglés escribía: «La gran ventaja que el pequeño terrateniente ó el pequeño propietario tienen en Francia está en las diferencias de clima que favorecen el desarrollo de artículos variados y de

pequeños productos que no prosperan en nuestro país.» Estos pequeños productos son los que hacen posible el ideal durante largo tiempo acariciado por el habitante de la antigua Francia y que todavía subsiste profundamente arraigado en algunos sitios, á saber, el de realizar y obtener en el mismo lugar todos los elementos y las comodidades de la existencia. Tal es el deseo que de fijo debían sugerir esas «benditas regiones» por todas partes distribuidas en las cuales no era una quimera soñar con una vida abundante que se bastara sobradamente á sí misma. Generalizando esta idea, veremos que se parece mucho á la que de Francia tiene formada el término medio de los franceses, para quienes con el nombre de su patria se identifica la abundancia de los «bienes de la tierra,» según la expresión grata á la gente vieja. Alemania representa para el alemán sobre todo una idea étnica; en cambio, lo que el francés distingue en Francia es la bondad de su suelo, el placer de vivir en ella, como lo demuestra el pesar que siente cuando de ella se aleja. Francia es para el francés el país por excelencia, es decir, algo que está íntimamente ligado con el ideal instintivo que de la vida se forma.

Y sin embargo, en Francia hay regiones buenas y malas. Las hay que se vieron calificadas con epítetos halagadores y que, sobre todo antiguamente, se oponían en el espíritu y en el lenguaje populares á las tierras más desheredadas, reducidas á substituir con mezquinos expedientes de subsistencia el trigo, el vino y lo demás. El agricultor de las comarcas buenas mira con desprecio la tierra que no alimenta al hombre que en ella vive; así eran acogidos con cierto aire de compasión un tanto burlesca los habitantes de los territorios ingratos dedicados al alforfón ó al castaño ó de las comarcas incapaces de subvenir á sus necesidades y obligadas á proveerse entre los vecinos. Tal era el sentimiento de los pobres habitantes de la *Voge* cuando acudían á sus ricos vecinos del Condado en demanda de cenizas de leñas para mejorar sus áridas tierras de greda; y es probable que el alegre habitante de los valles turenenses sintiera algo análogo por aquellas regiones de arena y arcilla en que crecen más árboles que trigo. Rabelais no encuentra mejor manera de describir la miseria de Panurgo que presentárnoslo «en tan mal orden que parecía un recolector de manzanas del país de Perche.»

La abundancia y la prosperidad despiertan en todos, así en los favorecidos como en los desheredados, las mismas formas de deseos y de ideas. El principal signo de lujo es la profusión de ropa blanca, rasgo mucho menos acentuado entre nuestros vecinos. El sistema de alimentación difiere poco en la gran mayoría de los habitantes rurales de Francia, y lo propio sucede con la cocina, á pesar de algunos ingredientes que son objeto de litigios entre el Norte y el Mediodía: al aldeano champañés que Taine presenta comiendo su sopa á la puerta de su casa, lo encontraríamos en la misma actitud y en igual ocupación en toda Francia; y cuando en los cuadros de los pocos pintores que, como los Lennain, no se han desdeñado de tomar por modelos á los aldeanos, vemos la actitud y la fisonomía de los rurales del siglo XVII, las reconocemos en sus actuales descendientes. Sus gestos son realmente los de esos comedores de pan que si conviene saben catar el vino

pesadamente sentados en sus escabeles de madera en torno de una gran hogaza (1).

El pan acompañado de legumbres y vegetales y una alimentación animal en la que entran como principales elementos las aves y el cerdo, tal es el modo de alimentarse propio de un suelo en donde ocupan lugar preferente los cereales y los géneros de crías de animales que de éstos dependen. El trigo es el alimento preferido de los meridionales de Europa y en Francia las tierras en donde este grano se cría están precisamente en el Norte. Los franceses, que por su sistema de alimentación tanto se distinguen del alemán y del inglés, se parecen mucho unos á otros, bajo este concepto, los del Norte y los del Sur. Para nuestros vecinos los pueblos germánicos, nuestro labriego, que sabe apreciar el pan blanco, es aficionado á los vegetales y se muestra ingenioso en el arte de producirlos, constituye un objeto de atención y de curiosidad; Goethe, en su relato de la campiña de Francia hace notar el antagonismo de los dos pueblos en materia de pan: «Pan negro y pan blanco son la piedra de toque entre franceses y alemanes.» Nuestros pescadores bretones, más ó menos hortelanos todos en su litoral benigno y húmedo, causan en Terranova el asombro de las tripulaciones inglesas cuando encuentran medio de hacer crecer algunas ensaladas en aquella costa estéril; y en el siglo XVII nuestros refugiados transformaron con sus cultivos de legumbres y de hortalizas el triste *Moabit* en las arenosas afueras de Berlín.

Las diversas poblaciones que el suelo ha reunido en el territorio de Francia hállanse envueltas en una atmósfera ambiente que inspira sentimientos, expresiones, giros de lenguaje y un género de sociabilidad especiales. Nada ha contribuido tanto como esto á la aproximación de los elementos. En el contacto de hombres de razas distintas hay siempre algo áspero: el celta no ha perdonado al anglosajón, ni el alemán al eslavo, y estos antagonismos nacidos del orgullo se excitan y exasperan con la vecindad. En Francia no sucede nada de esto: cómo resistirse á una fuerza insensible que se apodera de nosotros sin que nos demos cuenta de ello, y que emana del fondo de nuestras costumbres y nos hace cada vez menos extraños unos á otros? Unos antes, otros después, todos se han adherido al contrato.

Existe, pues, una fuerza bienhechora, un *genius loci*, que ha preparado nuestra existencia nacional y que le comunica algo de sano. Es una cosa indefinible que flota por encima de las diferencias regionales, compensándolas y combinándolas en un conjunto; y sin embargo, estas variedades subsisten y viven, y su estudio, en el que ahora vamos á ocuparnos, es el necesario complemento del de las relaciones generales que acabamos de hacer.

CONCLUSIÓN DE LA PRIMERA PARTE

Pero antes de entrar en dicho estudio hemos de sentar algunas conclusiones que se desprenden de los hechos que dejamos expuestos y que han de servir de aclaración para los que luego consignaremos.

1.º La influencia de la aproximación del Mediterráneo

(1) Comida de aldeanos (Louvre, sala La Caze, núm. 548).

neo y del mar del Norte se ha dejado sentir en nuestro territorio desde muy antiguo, habiéndose manifestado y consolidado por caminos y líneas de relaciones á gran distancia. El eje comercial de Francia, que es una línea que parte de Provenza y termina en Inglaterra y en las Flandes, presenta una fijeza notable (1), y en esta dirección se escalonan las principales ferias de la Edad media, las de Beaucaire, Lyon, Chalón, Troyes, París, Arrás, Thourout y Brujas. Multitud de ejemplos demuestran lo que para la constitución de una unidad política puede ser esta cosa casi inmaterial que se denomina una vía de circulación: Italia no tuvo aspecto de comarca política hasta que las vías Apia y Flaminia se combinaron para enlazar sus extremos; y en la red de vías primitivas de la Gran Bretaña, la línea de Londres al Severn, *Walling Street*, ha sido el eje de Inglaterra.

2.º Sin embargo, la substancia misma de nuestra civilización es de origen completamente continental: el período orgánico durante el cual se elabora la personalidad de Francia comprende una serie enorme de siglos de influencias territoriales acumuladas; el árbol de nuestros orígenes extiende á lo lejos sus raíces en el continente.

En el medio geográfico en que Francia se ha desarrollado, no hay comarcas de las cuales esté separada por grandes oposiciones físicas. Hállase situada fuera del alcance de esos contrastes vigorosamente acentuados que engendran la estepa ó el desierto, y por las conformidades de naturaleza que la unen á las regiones continentales vecinas ha crecido entre pueblos de civilización análoga. Esto es una garantía, y gracias á ella Francia se ha sustraído á catástrofes que en otras partes han interrumpido la vida histórica, como en España y en la Europa oriental; pero es también una limitación. Un Estado que logra constituirse sólidamente al contacto de dos regiones físicas muy diferentes, como son la esfera de la vida agrícola y la de la vida pastoril, tiene probabilidades casi indefinidas de extensión: tal sucede en Rusia, en los Estados Unidos y en China. Francia carece de estas perspectivas territoriales y las posibilidades de expansión por la Europa vigorosamente individualizada que la rodea, redúcese á una zona limitada; y aun cuando el mar puede ofrecerle otras, Francia encuentra allí otros géneros de competencia.

3.º Un carácter, sin embargo, la distingue entre los países continentales de Europa, carácter que puede resumirse en la palabra *precocidad*. Francia presenta dos clases de precocidad, una debida al clima y á la varie-

(1) Véanse los mapas insertos al final de este estudio.

dad de recursos del suelo y que ha suscitado entre nosotros la expansión de numerosas pequeñas sociedades locales, hasta el punto de que son muy pocas las comarcas francesas que no conserven las huellas de un largo desenvolvimiento autónomo nacido de los lugares mismos.

El otro género de precocidad es hijo de las facilidades de establecimiento, de circulación, de defensa, es decir, de todo cuanto precipita la vida general. Esas facilidades ofrecíanse aquí en abundancia: en Francia preside en las agrupaciones de los pueblos una comoda mayor que en la Europa central, y numerosos vestigios de antiguos establecimientos, de recintos amurallados, así en Lorena y en Borgoña como en el Quercy, demuestran la importancia especial que en otro tiempo tuvieron las mesetas calcáreas tan armoniosamente distribuidas en nuestro territorio. Los calizos jurásicos que cubren una superficie de 100.000 kilómetros aproximadamente, trazan alrededor de la Cuenca de París y de la Cordillera central un doble círculo en forma de 8, que Elías de Beaumont señala como uno de los rasgos característicos de Francia. Estos terrenos no son los más fértiles, pero han permitido que los establecimientos humanos adquirieran desde muy pronto fijeza y fuerza de resistencia y se comunicaran libremente entre sí: en ellos abunda la piedra de construcción; la desecación que en ellos se opera naturalmente gracias á la permeabilidad de las rocas, hace que el aire sea en ellos saludable; la erosión abre allí valles de lisa superficie, en cuyos recodos surgen como fortalezas naturales, recortadas mesetas, que son á propósito para emplazar en ellas los *oppida* ó plazas fortificadas de los romanos. La mayoría de los grandes y antiguos caminos que enlazan nuestras principales cordilleras siguen y siguen todavía esas mesetas calcáreas.

Esta precocidad, que es expresión de la naturaleza de Francia, ha dejado huellas duraderas, influyendo en las manifestaciones ulteriores de la vida y siguiéndonos en el curso de la historia. Si la cimentación de las diversas regiones de la Galia no hubiese sido un hecho consumado cuando se despertó en el Norte germánico la vida histórica, ¿quién sabe si habrían prevalecido nuevas atracciones? Entre la Cuenca de París y la de Londres, entre Lorena y Suabia, las diferencias, desde el punto de vista geográfico, son menores que las que existen entre esas regiones y nuestras provincias mediterráneas. El hecho de que, á pesar de todo, haya prevalecido esta combinación, constituye un indicio de desarrollo precoz de participación muy antigua en la vida general que entonces tenía al Mediterráneo por foco.